

ALFREDO CARDONA PEÑA

# DECLARACIONES

(FRAGMENTO)

SI, como pienso,  
el tiempo es un escarabajo  
que muere a cada instante  
por el hecho de nacer,  
un cuento que hemos imaginado  
para poder contarlo,  
la muerte (su eternidad)  
es vida en quietud de sí misma,  
vida intensa, secreta,  
vecina de raíces que como labios se mueven  
buscando ávidamente besos de árboles,  
depositaria de las fuerzas de la Creación,  
energía que reponiéndose  
vuelve a iniciar su tremenda aventura  
con el alma,  
esa Luna de nuestra galaxia personal  
a quien solo contemplamos  
muy de tarde en tarde  
en oscuridad, en luz vendada,  
reflejando una claridad que no le pertenece  
(pero que se apropia).  
Sabedlo: no hay habitantes en el alma,  
no hay rostros, no hay conceptos ni inmanencias,  
no sabe hablar, no tiene inteligencia:  
tiene consumaciones y sinfines.  
Los primeros exploradores que llegaron  
a su Estrella  
sólo encontraron lágrimas, recuerdos  
de una formación anterior,  
cuando permanecía unida al universo  
de donde la arrancaron  
para depositarla en un Sistema.  
(¿Será ella el fragmento  
pequeñísimo  
de alguna Supernova inmensurable?)  
De manera que es la Extranjera,  
la Exiliada  
a quien expulsaron de astros no concebibles.  
La adivinaron tan imposible y aberrante

en su nada total,  
que regresaron espantados  
a decirnos lo contrario,  
comparándola a llama,  
a pluma de agua,  
a rocío de éter,  
inventándola con artificios sorprendentes.  
Nada (inferían) pesaba en ella:  
las montañas flotaban en su mano,  
todos los siglos eran como algodones  
de azúcar en su boca,  
y estaba hecha de soplos no existentes,  
de consistencias iguales a oxígenos múltiples.  
Mas se acercó a la Forma  
y su temperatura fue la ardiente  
plenitud del deseo.  
Horrible es confirmarlo,  
pero fue colonizada por nosotros,  
seres de planetas de furias:  
caímos sobre ella  
como estruendo de hachazos en un bosque.  
Desde entonces el alma,  
que nada comía y se alimentaba  
de yerba de ternura,  
que dormía como una ratita blanca  
en el vientre de un buque,  
despertó,  
y ya no tuvo más destino que habitarnos.  
Ay, cuesta mucho trabajo y mucho astío  
sentirla encadenada a nuestros huesos.  
Pobrecilla. ¿Qué sentirá  
cuando partimos carne y nos matamos?  
Y lo peor es que no hace ruido  
ni exige comida  
y está como fuera de este mundo,  
pensando cosas.  
Dejémosla, pues.  
Algún día nos perdonará.